

ración" está fechada en el 20; "El loco y la monja", en el 23. Nadie ha dicho tanto y dramáticamente tan bien en ese camino de la filosofía última, en la interrogación que no se resigna, quizá —y ésta sería una de las significaciones históricas de su obra— porque deja atrás cualquier forma religiosa de respuesta y lleva todavía el absoluto religioso a las preguntas. ■ JOSE MONLEON.

¿Era Sandokan el padre del capitán Nemo?

Puede clasificarse a Fernando Savater entre los "apóstatas razonables", algunas de cuyas biografías él mismo ha trazado en un libro reciente (1). Con un considerable desparpajo y una enorme dosis de ese extraño "sentido común" que le caracteriza —y que es patrimonio solamente suyo y de dos o tres personas más en Madrid, ciudad donde la sensatez abunda más bien poco— ha llevado ahora a cabo una transgresión frívola en apariencia, pero en realidad mucho más trascendental de lo que parece: revivir, con pretexto de una recreación literaria, el mundo de su infancia.

Se trata continuamente de hacernos ver la infancia —una época o un estado— como algo más o menos deseable o terrible, pero siempre lejano e irremisiblemente perdido: ya sean infierno o paraíso, siempre se nos sitúan nuestros años infantiles en una especie de coto cerrado al que es del todo punto imposible regresar y aun blasfemo intentar: al que lo intenta se le castiga con motes infamantes, como el de "neurótico", y si persiste demasiado en su manía se llega hasta encerrarle en manicomios. Las fuerzas reaccionarias de este mundo —y todas lo son, desde el momento en que se manifiestan como tales fuerzas— han sabido comprender muy bien lo que de radicalmente subversivo, revolucionario y antisocial hay en el niño y lo reprimen con todas sus fuerzas. No se dan cuenta de que el niño no ha muerto en el hombre; de que el hombre es, al mismo tiempo, tanto el niño que fue como el ca-

dáver que será; y si se dan cuenta, tratan celosamente de ocultarlo. El mismo psicoanálisis es, en su manifestación más ferozmente conservadora, un desesperado intento de curarnos de nuestra infancia.

"La infancia recuperada" (2) es el acertado título que da Savater a su último libro. En él analiza una serie de temas, autores y personajes literarios que le fascinaron desde su infancia de niño monstruo —monstruo precisamente por lector; en los difíciles años que nos tocó vivir a él y a mí cuando pequeños, leer era casi un delito solitario— y que, por supuesto, le siguen fascinando, y los analiza —terrible palabra que no hace en modo alguno justicia al estilo recreativo de Savater— en un lenguaje claro, horror de toda esa pedantería con la que suelen arrojarse —quizá para ocultar su osadía transgresora y sus verdaderas motivaciones lúdicas, "pueriles"— aquellos pensadores o críticos literarios que suelen ocuparse de tales temas. Pero creo que me he equivocado: Fernando Savater no analiza, sino que vuelve a narrar con plena lucidez, y añadiendo variantes personales —aunque sin traicionar su espíritu— las historias que han formado su talento y su talento. Fernando, como agudo pensador que es, conoce la identidad entre filosofía y narración, y hace por ello poesía de una forma tan natural y espontánea que parece enormemente elaborada. A lo largo de su extenso paseo por los mitos y delitos de nuestra vida, nos descubre —y lo explica con la claridad y la fuerza que da lo obvio— que Sandokán fue el padre del capitán Nemo, y que tal podría haber sido el abuelo de Guillermo Brown; recrea la chulería del portugués Joao da Silveira, personaje del folletín radiofónico "Dos hombres buenos", que antes de meterle a alguien una bala en el entrecejo le pedía, muy educadamente, que sonriese; o bien reconstruye, y nos lo hace entrañable y próximo, el mundo de hadas, el "fos" y "hobbies" del gran escritor, casi desconocido en nuestro país, que fue J. R. R. Tolkien.

Otro gran acierto de Savater está en incluir, entre los escritores que marcaron su infancia, a Jorge Luis Borges, al maldito y entrañable Borges; escritor cuya prosa debería ser leída en las escuelas, porque su laberinto es el



Fernando Savater.

pasillo sombrío de la infancia siempre presente.

Fernando Savater es Peter Pan. Que nadie se confunda: no digo que esté aquejado de esa extraña dolencia a la que algún pedante mal informado ha dado en llamar "complejo de Peter Pan", sino que posee características similares a las de ese personaje crucial de nuestra infancia, tan maltratado por Walt Disney y por los psicoanalistas de salón: no nos cuenta cuentos, sino que nos los hace vivir, y nos aproxima de nuevo a un mundo —"pequeño reino afortunado", que diría Jaime Gil de Biedma— que creíamos haber olvidado: ese mundo donde todo es posible, la aventura, el terror, la belleza y el misterio; ese mundo donde espectros, hadas, criminales y piratas esperan agazapados ahí, en el recodo del pasillo o entre las cortinas que emascaran el ominoso balcón: el mundo tenebrista —porque está hecho de luz— de nuestra infancia. ■ EDUARDO HARO IBARS.

La proletarización de los técnicos

"Los intelectuales están siendo convertidos 'velis nolis' en unos verdaderos proletarios por la fuerza misma de las cosas. ¿Quién no ha oído quejarse muchas veces a ingenieros, médicos, abogados, etcétera, de ganar menos que un obrero, manual aun trabajando más en ocasiones?...". Daniel Lacalle recoge esta cita de "Clarín" en su reciente libro "Técnicos, científicos y clases sociales" (1).

(1) Daniel Lacalle: "Técnicos, científicos y clases sociales". Ediciones Guadarrama, Colección Universitaria de Bolsillo Punto Omega, número 216. 160 páginas. Madrid 1976.

Lacalle, director de la colección "Temas actuales", de Editorial Ayuso, preparó hace año y medio la edición de otro libro (2), donde se analizan situaciones muy parejas con la tratada ahora.

Y esta situación a la que se enfrenta el técnico, el profesional de hoy, tiene dos "condicionantes objetivos" que la definen. Por un lado, la masificación producida por un crecimiento que resulta geométrico en comparación con el de los puestos de trabajo. Por otro, la proletarización, una nueva relación de trabajo que le sitúa en calidad de asalariado, a diferencia de lo que en la mayoría de los casos había sucedido tradicionalmente... Masificación y proletarización son hechos que colocan objetivamente al profesional en postura muy próxima a la de clase obrera tradicional. A su vez, estima Lacalle, posibilitan la formación de una nueva clase obrera.

Claro es que éste no es un fenómeno ya hecho, concluido, sino un proceso en marcha y cuya velocidad depende en cada caso del grado mayor o menor de desarrollo de la colectividad. En el caso español, por ejemplo, el autor señala que si existe la comunidad de intereses entre técnicos y obreros, no hay, por el contrario, una "conciencia de la situación real", que sería la catalizadora de la unidad. Y esa falta de conciencia puede llevar con toda seguridad a un "suicidio laboral y profesional".

La pista sobre la que este proceso corre en España viene determinada por una serie de aspectos que Lacalle centra en la quiebra de la agricultura, la hinchazón del sector servicios, un desarrollo industrial taylorista que desconoce la revolución científico-técnica, estructura monopolística del capitalismo, graves desequilibrios regionales, dependencia del capital extranjero, emigración, etcétera.

En este pequeño volumen, Lacalle plantea el problema en la sociedad actual y toma postura beligerante, haciendo suya la frase de "Clarín" que terminaba así: "La realidad es que el proletariado intelectual, más proletario cada día, tiene que seguir forzosamente la misma senda que el otro". ■ V. M. R.

(2) "Enseñanza técnica y formación permanente". Temas Actuales, Bolsillo, número 3. Editorial Ayuso. Madrid 1975. En la misma colección: "La crisis de los ingenieros". Grupo de los 27.

(1) "Apostatas razonables". Ed. Mandrágara. Barcelona.

(2) Editado por Taurus. Madrid.